

La sangre del ángel

Por Erinn Gardner

El día que cambió la vida de Asa empezó como todos los otros días de su vida. Se levantó con el sol de color oro y rápidamente se lavó los dientes. Se puso su ropa favorita: pantalones y botas de piel de ciervo, y un vestido de la mejor lana, con hendiduras hasta las caderas para tener movimiento fácil. El vestido era un color de anaranjado bonito que contrastaba maravillosamente con su piel tan oscura como el chocolate con leche. El vestido hacía a sus ojos negros aparecer brillar con una luz interna. Su pelo era largo y brillante como un sol negro, si uno ha existido, y lo llevaba liso. Asa tomó el cuchillo de debajo de su almohada y lo puso en una funda especial escondido porque las armas no eran permitidos en su pueblo. Ese día, lo que empezó como cualquier otro, fue el día que el Diablo vino al pueblo de Asa y fue el día que todos vieron la sangre del ángel.

Nadie en el pueblo había visto el hombre misterioso con los bigotones antes de ese día. Algo no cuajaba con el hombre, pero nadie sabía lo que era, y el pueblo era uno de paz. ¿Quién quería hacerle daño al pueblo como así? Asa estaba pensando en el hombre con bigotones cuando el esclavo de su padre, Tomás, entró en la cocina. “El Viejo quiere que yo vaya a cazar hoy,”

dijo él. El Viejo era el padre de Asa y el soberano de la gente. Él compró a Tomás después de que el joven huyó de su gente. Eran una gente muy guerrera y Tomás se huyó porque a pesar del hecho que Tomás era el mejor guerrero en todo el mundo, no le gustaba matar. El Viejo se apiadó de Tomás y le permitió vivir con la familia. Asa compartió una mirada secreta con él, sus ojos llenos de compasión, porque en su corazón, ella estaba enamorada de él y él estaba enamorado de ella.

Un día tendrían el coraje para decírselo a El Viejo, pero ahora solo tenían miradas secretas y encuentros breves. Tomás le dio una sonrisa afligida y le cuchicheó, “Ten cuidado con Bigotones. No me gusta como te mira. Te quiero.” Le tocó la mano y salió. Ella estaba de pie, recobrando el aliento, cuando Bigotones entró andando despacio.

“Hola, señorita,” dijo desdeñosamente Bigotones.

“Hola, señor.” Asa trató muy fuerte que ser cortés. “¿Cómo está Ud?”

Bigotones estaba tan cerca de ella, era difícil para ella ver otra casa excepto sus bigotones. Sí podía oler su aliento tan horrible como si algo había hecho casa y se había muerto en su boca. El pasó sus manos por los brazos de Asa y tocó su pelo. “Estaré mejor tan pronto como te he tenido a ti.” Los ojos del hombre quemaban con una luz maligna. Asa no podía hablar por el

miedo que le agarró. No podía pensar. No podía hacer nada. De repente, vio un movimiento por la ventana. ¡Era Tomás! ¡Había venido a rescatarla!

Bigotones vio a Tomás también.

Todo pasó en el mismo momento. Tomás entró de sopetón por la puerta. Un cuchillo había aparecido en la mano de Bigotones. Bigotones apuñaló a Tomás. Tomás extendió la mano a Asa. Asa apuñaló a Bigotones con el cuchillo escondido y los dos hombres cayeron al piso. Su sangre fluía en dos direcciones, ése del Diablo al fuego en la pared de la cocina, y éste de Tomás a la puerta hacía el sol brillante.

Asa se cayó en sus rodillas y empezó a llorar a lágrima viva. Mientras la sangre de su amor fluía por sus rodillas todo el pueblo podía oírla gritando una y otra vez, “¡La sangre de mi amor! ¡La sangre del ángel, mi ángel, mi amor!” La gente miró la sangre del ángel relumbrando en el sol y todos lloraron.